

Frescas, entierradas, frutas

Josefina Estrada



SOY HIJA DE GLORIA, LA SIRVIENTA. Hija de sirvienta, sirvientita. Nuestra patrona se llamaba Elvira Ramírez, profesora de piano, quien conoció a mi madre cuando esta tenía doce años; la crió y le enseñó los oficios de las mujeres hacendosas. Desde que tengo uso de memoria me recuerdo en el departamento de Benjamín Hill 261, en la Condesa. Por temporadas, mi madre solía darse el lujo de dejar de prestar sus servicios con doña Elvira y se iba a servir a otras casas, pero a ninguna otra me llevó, ni siquiera de visita. Aunque mi mamá no fuera a laborar, yo me quedaba bajo la tutela de la patrona.

A veces me iba con mi madre y me dejaba a cargo de mis dos hermanas menores. Fue entonces cuando conocí la violencia de mi mamá; tendría que cumplir 14 años para enfrentarla y detener sus cotidianas golpizas. La que se armaba si ella llegaba de trabajar y no estaba hecho el quehacer. Con lo que tuviera a la mano nos arriaba. Entre las memorables tundas está la nalguiza que me propinó con el sartén; había perdido la servilleta bordada con la cual cubría la canasta donde yo le llevaba la comida a mi papá. A mi hermana Carolina, al tratar de huir de ella, la tiró al suelo con un certero golpe de tejolote a los tobillos. De ahí que jamás intentara escapar de las tundas.

Una sola vez vi que golpearan a mi madre, cuando se fue de jacarandosa con su comadre. En la mañana había salido al mercado y ya no regresó. En la noche llegó mi papá, y mis hermanas y yo nos pusimos de quejumbrosas porque no habíamos comido. Al poco rato, mi mamá entró con la bolsa del mandado, donde



sólo traía charales y tomates en un cucurucho. Y venía bien empulcada. Mi papá le pegó porque le pareció inadmisible que nos hubiera dejado sin comer. Nuestro griterío convocó al vecindario que llegó a separarlos. A mis hermanas y a mí nos dieron de merendar y nos acostaron. Al otro día, mi mamá fue a la Cruz Roja y le cosieron el labio superior con un grueso hilo negro. Desde entonces aprendí que no está mal irse a echar unos alcoholes, siempre y cuando uno deje bien comidos a los retoños.

Por esa época, mi mamá regresaba de su trabajo con libros infantiles. Yo intuía que los robaba de la casa donde trabajaba. Entendía que eso no estaba bien, pero apreciaba su gesto de traerme algo tan bonito. Pronto se ha de haber cansado de ir a esa casa y prefirió irse a vender fruta fresca a las afueras de mi escuela, en la colonia Escandón.

En una cubeta con agua, cubierta por una tablita, las ofrecía. De ese oficio rescato tres escenas, donde las cubetas ocupaban un lugar protagónico. La primera, cuando chocó el camión donde veníamos. Sucedió en la avenida Constituyentes, frente a la escuela El Pípila. Las cubetas se voltearon: naranjas y perones y pepinos y limones y jícamas rodaron por todo el pasillo. En medio del barullo me metí entre los pies de la gente herida y debajo de los asientos hasta recuperar las revolcadas frutas. Llegamos a la escuela y mi mamá me compró un terrón de magnesia y una telera para que se me quitara el susto. Yo no dejaba de temblar, a pesar del intenso sol de mediodía.

Mi mamá aguardaba la salida de los alumnos del turno matutino. Les vendía a los del vespertino y se

regresaba a la casa. A la salida, ella ya estaba y se esperaba hasta que entraran los de la nocturna. De regreso, tomábamos el camión en la avenida Baja California. Una de esas noches cerradas, mi mamá, en estado muy avanzado de embarazo, se cayó en plena avenida, sin meter las manos, por ir cargando las cubetas de aluminio galvanizado. Recibió el golpe en pleno vientre. Dos hombres la ayudaron a levantarse y no hubo mayor trastorno. Yo estaba aterrorizada porque sabía que en su primer embarazo había perdido a la criatura a consecuencia de una caída. No pude recoger nada de mercancía porque los autos la arrollaron. Por milagro, se salvaron las cubetas.

El siguiente suceso se desencadenó cuando unos empleados de gobierno que viajaban en *julia* le pidieron a mi madre, con prepotencia, que les entregara la cubeta. Ella se negó. Los señores no querían emplear la fuerza. Mi madre se puso de pie y colocó detrás de ella el balde.

—Señora, le vamos a expropiar su mercancía por venderla en vía pública.

—No les doy ni madres.

Se acercaron amenazantes; mi embarazada mamá levantó la cubeta y aventó el contenido a los pies de los sujetos.

—¡Ahora sí, desgraciados, infelices, llévensela!

La amenazaron con llevársela a la delegación por faltas a la autoridad.

—¿Autoridad? ¡Ustedes son unos rateros, jijos de su chingada madre!

Y los hombres optaron por retirarse sin la presa ni el trofeo. ■